

INFORMACION EXTRANJERA

EN LA CAMARA INGLESA

Importante discurso de Lloyd George

La lucha contra el bolcheviquismo

(De nuestro corresponsal)

Paris, 17

LLOYD GEORGE, OVACIONADO

LONDRES.—El jefe del Gobierno, Lloyd George, ha pronunciado en la Cámara de los Comunes un interesante discurso respecto a los trabajos de la Conferencia de la Paz.

La sesión, que comenzó a mediodía, era la última de las que se celebran hasta después de Pascua.

Los escaños estaban ocupados por todos los diputados y en las tribunas veías a un público numerosísimo.

Al ocupar la tribuna el ilustre político fué objeto de una formidable ovación.

«Me dá perfecta cuenta—dijo cuando los aplausos fueron disminuyendo—de que en los deseos de paz que todos tenemos hay una gran parte de impaciencia.

Esta impaciencia es parcialmente natural, pero también puede serlo en parte, producto del cálculo.

Yo he de hablar—esa es mi intención—para calmar las impaciencias sentidas sinceramente, realmente, honradamente, que se advierten en todos los países del mundo.

LA LABOR DE LA CONFERENCIA

La tarea encomendada a los delegados de la Conferencia, a la que han tenido que hacer frente, es gigantesca.

En la Historia del Mundo, jamás se ha reunido una asamblea para afrontar problemas de tal variedad, de tal complejidad, de tal amplitud y de tanta gravedad.

No se trata solamente de un continente: están afectados todos los continentes.

Acaban de nacer diez nuevos Estados: algunos de ellos serán independientes, otros no disfrutará más que de una semi-independencia y los restantes quedarán convertidos en protectorados.

Hay otros problemas no menos vastos e importantes que no afectan a los territorios pero que no influirán menos en la paz mundial, en el bienestar de los hombres y la prosperidad de la Humanidad.

Cualquier error cometido podría costar muy caro al mundo.

Entre esos problemas podría citar la cuestión de los armamentos, las cuestiones económicas, la cuestión de las vías navegables internacionales y la cuestión de las indemnizaciones.

Viene en seguida esta grande organización, esta gran creación que se llama la Sociedad de las Naciones.

Todos estos problemas han tenido que ser examinados separadamente.

Después de aludir el orador a otros asuntos que han paralizado los trabajos de la Conferencia, entre ellos los relativos a los pequeños Estados, encomió la necesidad de no dejar que subsistan en lo sucesivo los orígenes de inquietudes y los gérmenes de querrelas.

También aludió a las controversias e indiscreciones que han entorpecido la labor de la Conferencia.

La vastísima tarea que nos ocupa, exige calma y tranquilidad. Yo pido calma a todo el mundo, mientras se recorre el resto del camino que nos falta. Porque no ha terminado aún nuestra misión. Todavía está erizada de peligros para nuestro país y para la Humanidad.

Se han «desintegrado» tres viejos imperios: el ruso, el turco, y el austro-húngaro.

EL PROBLEMA RUSO

En lo que concierne al problema ruso, se nos han propuesto por uno y otro bando la adopción de remedios muy sencillos. Unos dicen: «Emplead la fuerza» y los otros: «Haced la paz».

Esto no es tan fácil.

El problema ruso es uno de los más complejos que se han planteado nunca. Una de sus dificultades es la de que verdaderamente Rusia no existe; no existe un gobierno de hecho allí, en conjunto. No se puede reconocer al gobierno bolchevique como un gobierno de hecho, porque no lo es. Y conviene advertir que tal reconocimiento no ha sido ni discutido por la Asamblea, ni siquiera propuesto.

¿Qué se debía hacer, pues? ¿Proponer una intervención militar?

Hagámonos idea de lo que tal decisión significaría, teniendo en cuenta que la política extranjera del gobierno británico ha sido siempre la de no intervenir en la política interior de los demás países.

Sorprenderían, si se conocieran, los efectivos que nos harían falta para poder vencer a los rusos. ¿Y de dónde sacaríamos esas tropas? Y en el caso de que triunfásemos en Rusia, ¿qué régimen de gobierno podríamos implantar?

Por tanto, diré con absoluta franqueza, que a mi entender, todo intento de intervención militar en Rusia sería el mayor error que pudiera cometer el gobierno.

Nuestros deber es sostener a nuestros amigos y si Rusia quiere verse libre del bolcheviquismo, es preciso que lo sea por sus propios hijos.

Lo único que nos piden los habitantes de Rusia es que les facilitemos las armas necesarias para la defensa de sus libertades.

LA OLA BOLCHEVQUISTA

Otro punto de nuestro programa consiste en contener el avance de la ola bolcheviquista.

Por eso estamos organizando las fuerzas de todos los países aliados limítrofes con los territorios bolcheviquistas desde el mar Báltico al mar Negro.

Lo mismo puedo decir de Rumanía. Si los bolcheviques atacasen a uno de nuestros aliados, nuestro deber sería socorrer a éste. (Grandes aplausos).

El diputado laborista Clynes interrumpió al orador para aludir a ciertos ofrecimientos hechos a los aliados por el gobierno bolchevique.

Lloyd George declara que el gobierno no ha recibido ningún ofrecimiento de los gobiernos que existen en la Rusia del

Centro, y, luego, refiriéndose a las cuestiones que interesan directamente a Alemania, dice:

—Después de un maduro examen, los representantes de las grandes potencias han llegado a un acuerdo completo sobre las grandes cuestiones fundamentales relativas a la paz con Alemania.

Han formulado ya sus peticiones y creo que antes del fin de la semana próxima serán presentadas a los delegados alemanes.

No puedo concebir—agrega aludiendo a ciertas tentativas hechas para sembrar el recelo entre los países aliados y los asociados—un crimen mayor que el que consiste en pretender suscitar sospechas y conflictos entre los pueblos, cuya organización y cuyos voluntarios sacrificios, hechos en común, acaban de salvar al mundo del desastre.

EL MAYOR CRIMEN

No hemos olvidado nunca que gran parte de los sufrimientos y de los sacrificios de la guerra han sido soportados por la nación en cuya capital nos reunimos para fijar las condiciones de la paz. No hemos olvidado que Francia tiene derecho a obtener garantías contra la repetición de pruebas como las que ha sufrido.

Así, en todas las cuestiones que hemos estudiado, hemos llegado a conclusiones unánimes.

He de hacer notar que la Conferencia ha decidido, por unanimidad, no publicar las condiciones de paz hasta que sean discutidas con el enemigo, porque el hacerlo antes implicaría un grave error.

Sin embargo, Lloyd George cree que se pueden y deben hacer algunas aclaraciones respecto a determinadas cuestiones.

Recuerda, por ejemplo, que el año pasado Inglaterra expuso sus fines de guerra, que fueron aprobados por todo el pueblo.

Pocos días después el presidente Wilson redactaba sus catorce puntos, que contienen, prácticamente, los mismos principios.

—Yo no quiero eludirlos y lejos de pedir que os desembaracéis hoy de las promesas que habéis hecho, voy a decirnos que todos los compromisos que habéis contraído respecto a las condiciones de paz se han incorporado a las peticiones que van a presentar los aliados. (Aplausos).

PAZ JUSTA, NO DE VENGANZA

Queremos una paz que sea una paz de justicia, sin ser una paz de venganza. (Más aplausos).

El orador vuelve a censurar los intentos para sembrar la discordia entre los aliados y se refiere incidentalmente a un mensaje que le fué enviado por un grupo de parlamentarios.

FOLLETÓN DE LA VOZ

18 de Abril.

46.

Esta obra es propiedad de la Casa editorial MAUSSÉ, de Barcelona.

CAROLINA INVERNIZIO

Las hijas de la duquesa

Novela histórica-social

TRADUCCION

de

Carlos Ria-Baja

—Es imposible, no puedo vivir sin su amor.

—Eres muy débil.

—La lucha que sufro, mi misma confesión, deben probarte lo contrario.

—Piensa en tu marido, en tu hijo.

—He pensado en ellos pero mi corazón ha quedado insensible. No hay nada en el mundo para mí aparte de Castilla.

—Había adivinado que se trataba de él. Pero reflexiona; él podría por edad ser hi-

jo tuyo y son conocidas su ligereza y su inconstancia.

Las contracciones del semblante de Edmea revelaron una cruel angustia: se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—No me lo digas, no es verdad, le calumniar y aunque yo tengo algunos años más que él, soy capaz aun de hacer enloquecer a un hombre.

Y dirigió una mirada al espejo que tenía enfrente como si quisiera asegurarse de su belleza audaz y desenvuelta.

—¿Y si un día él pensara en casarse?—dijo Alicia seria y pensativa.

Edmea levantó la cabeza con ademán de cólera; su fisonomía expresó una voluntad enérgica, resuelta.

—Yo lo impediría,—respondió con firme acento.

—¿Con qué derecho?

—Porque lo amo, lo he sacrificado todo por él,—exclamó la princesa con los ojos centelleantes, las narices dilatadas.—No se abandona a una mujer como yo para casarse. Me pertenece y antes que cederlo a otra le mataría.

La energía desesperada con que fueron pronunciadas estas palabras acabó por atemorizar a Alicia.

En vano llenó, suplicó para conducir a la hermana a ideas más tranquilas. Edmea tenía la mente demasiado exaltada, el corazón demasiado lleno de cólera, de celos, para escucharla.

A todos los argumentos puestos en juego por Alicia ella movía la cabeza.

—Basta, no más, todo es inútil; no me

persuadas,—dijo al fin con impaciencia.—No te pido consejos, ni auxilio; lo que quiero, exijo de ti, es no revelar a nuestra madre el nombre del hombre a quien yo amo. Ella te lo preguntará, estoy segura, pero ¡ay de ti si lo pronuncias!

Alicia no respondió; estaba tan oprimida que no tuvo fuerzas para enfadarse ni indignarse.

La princesa se levantó, pues ya estaba ansiosa por interrumpir aquel coloquio.

—De modo que me habrás comprendido; no quiero otra cosa de ti, recuérdalo.

Salió sin Alicia intentase detenerla. Pocas horas después las dos hermanas se encontraban junto al lecho de su madre, en donde estaban ya Ottorino e Ida. La condesa Sansalvi estaba pálida, abatida; el rostro de Edmea no expresaba más que una soberbia indiferencia.

La condesa Diana con la cabeza apoyada en las almohadas bordadas, la cara ceca, los ojos hundidos, las manos juntas sobre el pecho, daba idea de una muerte. A pesar de esto, no estaba peor; por el contrario, la respiración era más libre y se hubiera podido notar en su semblante una expresión insólita de ternura, cuando sus ojos se dirigían a Alicia, que se había inclinado para besarla.

Ella mostró deseos de quedar sola con su hija menor y en seguida la satisficieron.

El conde Ottorino e Ida volvieron a su palacio acompañados por Hugo.

Edmea se retiró a su estancia con la tempestad en el alma. Como estaba segura de no tener nada que temer de su hermana,

pensaba en lo que ésta le había dicho respecto de Castilla. ¿Si realmente él la engañase? ¿Si un día pensara en casarse?

Cuando furiosa de rabia, de celos, la princesa habló con el oficial de aquella joven que había ido vestida de obrera a insularla en su mismo palacio, preguntándole si la conocía, Castilla se encogió de hombros sonriendo, jurando ignorar por completo de quién hablaba.

El había olvidado a Nieves, y el capricho que había sentido por ella un instante, y estaba tan persuadido de que la tiera se hubiese alejado de Turín con algún nuevo enamorado, que ni siquiera un momento cruzó por su imaginación la idea de ella.

—Me disgusta la afrenta que has recibido,—dijo a la princesa,—y tiemblo al pensar lo que podía sucederte si aquella carta hubiese ido a parar a manos de tu marido, pero en cuanto a lo demás, haces mal en desconfiar de mí que te amo tanto.

Y a las palabras añadió un beso apasionado que sacudió todas las fibras de Edmea, cuyos ojos fulgurantes parecían leer en el fondo de su alma.

—¿Me amas a mí sola? ¿No te cansan mis caricias? ¿No te fastidia oírme decir que te adoro?

—¿Y lo puedes pensar? ¿No eres tú la que riges mi destino?

Ella se había tranquilizado olvidando las amenazas de Nieves, los reproches de su madre, los peligros que corría si continuaba yendo a la casa de la calle de Leguano.

Pero Alicia, sin quererlo, había desper-